

SAN ZOILO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Día 27 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

En el tiempo que los emperadores Diocleciano y Maximiano perseguían cruelmente á la Iglesia, florecía en Córdoba Zoilo, á quien Prudencio llama *Zoelo*, noble en linaje, y cristiano desde niño. Educado en la fe de Jesucristo, no satisfecho con seguir ocultamente la profesión de cristiano, como lo hacían otros en aquellos aciagos días, hacía pública ostentación de su religión, predicando sus infalibles verdades á vista de los paganos con animosa resolución.

Por este tiempo mandaron dichos emperadores, de gobernador Daciano; y apenas llegó á Córdoba, y supo la fama del ilustre joven Zoilo, mandó que se presentase en su tribunal, bien á adorar á los ídolos, ó á sufrir los más atroces tormentos y la muerte. Lleno de alegría presentóse Zoilo ante Daciano, que empezó á reconvenirle en estos términos: *¿Cómo, siendo noble, te echas tan feo borrón llamándote cristiano? Créeme, Zoilo, obra como caballero, deja el error en que estás, pues de lo contrario sentirás mi indignación.—La verdadera nobleza, respondió Zoilo, está en ser verdadero cristiano, y ten por cierto que nunca acredito mejor mi alcurnia que gloriándome en ser discípulo de Jesucristo, de cuya confesión no me separaré jamás, á pesar de tus amenazas.*

Esta respuesta y resolución tan generosa irritó de tal manera á Daciano, que ciego de cólera mandó que azotasen al invicto Zoilo, y que despedazasen sus carnes con garfios de hierro. En medio de estos tormentos, lleno

de alegría por padecer por el Señor, vuelto al tirano le dijo: *Hiere, rasga y despedaza mi cuerpo; pues cuanto más le atormentes, más crecerá la corona que me tiene preparada mi Maestro y Señor Jesucristo.* No podía sufrir el bárbaro aquella firmeza celestial; y añadiendo crueldad á crueldad, hizo abrir al santo mártir por la espalda y le sacaron los riñones. Esta fiera crueldad no consta en los breviarios, pero es cosa muy afirmada en Córdoba, y lo dice el arcipreste de Murcia en su *Valerio de Historias*. Holgaba el bendito mancebo de verse descarnado por Cristo, cuyo amor tenía entrañado en el pecho, que ni aun con las entrañas se lo pudieron arrancar. No pudo ya el tirano sufrir por más tiempo tan ilustre ejemplo de fortaleza, tan alto menosprecio de la vida, y embriagado en su propia cólera, usurpando el oficio á los verdugos, le cortó la cabeza con su propio alfanje. Fue su glorioso triunfo el 27 de Junio del año 300.

Más de trescientos años estuvo oculto el santo cuerpo hasta el reinado de Sisebuto, siendo obispo de Córdoba Agapito; los que le colocaron en la iglesia de San Félix con grande acompañamiento del clero, nobleza y pueblo, donde permaneció hasta el año 1070, en que fue trasladado á Carrión de los Condes, provincia de Palencia, por D. Fernán Gómez. Colocáronse las reliquias en las arcas de plata, dignándose el Señor obrar repetidos prodigios por la intercesión de su fiel siervo.

SAN LADISLAO, REY DE HUNGRÍA

San Ladislao, más ilustre por sus virtudes y por sus milagros que por sus conquistas y por su corona, fue hijo del rey Bela, nieto de un primo hermano de San Esteban, llamado apóstol de Hungría. Nació el año 1041 en Polonia, donde se había refugiado su padre, huyendo de las violencias de Pedro, sucesor de San Esteban. Crióse con su hermano mayor Geyza, al lado de

su madre, hija del duque de Polonia, princesa virtuosa, que dedicó el más vigilante cuidado á su mejor y más cristiana educación; aunque el bello natural de Ladislao se anticipaba á todas las instrucciones.

Muerto el rey Pedro, subió al trono Andrés, hermano mayor de Bela, y tío de Ladislao. Llamó á la corte á su hermano, dióle el título de duque, y quiso que sus dos sobrinos, Geyza y Ladislao, se criasen en su palacio y á vista de su persona. Dentro de poco tiempo fue Ladislao el embeleso de la corte de Hungría, como lo había sido de la de Polonia. Era casto, sobrio, compuesto, afable con todo el mundo, respetado por su eminente virtud, y sobre todo lleno de compasión y de caridad con los pobres, no menos enemigo de la ambición que de la avaricia. Conocióse esto cuando su padre Bela ascendió á la corona de Hungría, porque no pudo disimular su disgusto y su dolor viéndole en el trono, por haber quitado la vida á su propio hermano Andrés en un sangriento combate. Explicó públicamente su desaprobación y su justo sentimiento, mostrando después en toda su conducta que sólo se gobernaba por las reglas de equidad y por los principios de la religión; porque, siendo electiva la corona, trabajó cuanto pudo, muerto ya su padre, para que recayese en las sienes de Salomón, hijo de Andrés, sin atender al interés que le resultaría en solicitarla para su hermano Geyza, ó para su misma persona.

Hízose á todos odioso Salomón por sus crueldades y otros muchos excesos. Juntóse Ladislao á Geyza, y le arrojaron del trono, que ocupó Geyza sólo tres años. Muerto éste, los prelados, la nobleza del reino y los magistrados de las ciudades, todos de unánime consentimiento eligieron á Ladislao para sucederle.

Luego que Ladislao se vio rey de Hungría, resolvió hacer reinar en sus estados á Jesucristo. Fueron sus

primeras providencias restituir la religión á su primitivo esplendor, y establecer la paz, la buena fe, la tranquilidad y la abundancia en su pueblo.

Sólo el antiguo rey Salomón no podía llevar en paciencia la general aclamación de todas las órdenes y el universal amor que los vasallos profesaban á Ladislao, por lo que se observaban en él bastantes señales de querer turbar el reino. Hízole entender Ladislao el poco apego que le merecía la corona, declarándole lo dispuesto que se hallaba á renunciarla á su favor; desinterés que por entonces ganó la voluntad de Salomón, y, cediendo todos sus derechos, se contentó con una pensión que le consignó Ladislao, y aun en lo sucesivo se la aumentó. Pero su inquieto natural no le permitió estar sosegado. Comenzó á mover los ánimos, y se descubrió que tramaba, una conjuración contra el Príncipe, por lo que Ladislao se vio precisado á prenderle, aunque le puso luego en libertad, y aun le hizo venir á la corte, para fijar su inconstancia con nuevos favores, y vencer su mala inclinación á fuerza de beneficios. Nada bastó para corregir aquel genio turbulento, pues insensible é ingrato á tantas piedades del Rey, se retiró á los estados del reino de los hunos, á quienes hizo tomar las armas contra Ladislao, y, poniéndose él mismo al frente de un cuerpo de bandidos, fue enteramente derrotado, viéndose obligado á salvar la vida con la fuga. Escondióse entre la maleza de un espesísimo bosque, donde se dice le tocó Dios tan vivamente el corazón, infundiéndole tal espíritu de penitencia á vista de sus continuas desgracias, fruto necesario de sus desórdenes, que jamás quiso salir de aquella soledad, donde pasó el resto de su vida llorando día y noche sus pecados, y no omitiendo medio alguno para borrarlos con los rigores de la más severa penitencia.

Libre ya Ladislao de este cuidado, se dedicó enteramente á restablecer la justicia, el orden y la policía en todo su esplendor. Era como preciso que tantas y tan gloriosas felicidades despertasen la envidia y los celos de los príncipes vecinos. Hallóse de repente acometido de enemigos formidables, que, considerándole más devoto que valiente, hicieron varias irrupciones en sus estados, aspirando no menos que á la conquista de todo el reino. Tentó el santo rey todos los medios de paz para reducirlos á la razón; pero, considerándolo inútiles, hizo levas, juntó tropas, púsose al frente de ellas, y marchó intrépidamente á derrotar á sus enemigos. Como no era menos capitán que santo, contó el número de las victorias por el número de batallas. Obligó á los bohemios á contenerse dentro de los términos de su deber; arrojó de sus dominios á los hunos, que asolaban la Hungría, y los obligó á pedir la paz; tomó á Cracovia; domó á los polacos y á los rusos; quitó á los bárbaros la Dalmacia y la Croacia; deshizo más de una vez á los tártaros, y conquistó gran parte de la Bulgaria y de la Rusia.

Pero estas acciones militares no disminuían el desvelo y aplicación que dedicaba á que reinase Dios en el corazón de sus vasallos, y á que floreciese la virtud en sus estados. Raro día dejaba de asistir a los Oficios divinos, y ninguno sin dar audiencia á sus vasallos. El mismo los hacia justicia, acomodaba sus diferencias, trataba con todo el mundo, y todos le amaban como á padre. Su corte era magnífica, y espléndida su mesa; pero su vida era muy austera.

Fue verdaderamente magnífica su caridad con los pobres; tanto, que era ya como dicho común en Europa que el rey de Hungría sólo era poderoso para fundar hospitales, para erigir iglesias, y para socorrer á los necesitados. Antes de salir á campaña disponía que se

publicasen tres días de ayuno y de rogativas públicas en las iglesias.

La tierna devoción á la Santísima Virgen fue casi desde la cuna en nuestro santo rey la más favorecida entre todas sus devociones; y la célebre basílica de Nuestra Señora de Waradin, que hizo levantar desde sus cimientos, será eterno monumento á la posteridad de su amor y de su ternura á la Virgen Madre de Dios.

Había mucho tiempo que se abrasaba Ladislao en ardientes deseos de sacrificar su vida y derramar su sangre en honor y amor de Jesucristo. Con este intento aceptó el mando general de la gran Cruzada de Occidente, que de unánime conformidad le ofrecieron todos los príncipes cruzados para librar la Tierra Santa del yugo de los sarracenos. No podía negarse Ladislao á una expedición que, por tan santa, se conformaba tanto con su religioso genio; pero se contentó el Señor con su generosa disposición, porque le retiró de este mundo para que reinase en el Cielo, cuando se estaba previniendo para hacer que el mismo Señor reinase en Palestina. Murió, según Bonifinio, el día 30 de Julio del año 1095, á los cincuenta y cuatro de su edad, y al decimoquinto de su glorioso reinado.

Apenas se publicó la muerte del santo rey, cuando se llenó de luto y de dolor todo el reino de Hungría. No hubo monarca cuya pérdida fuese más sentida, ni llorada con lágrimas más sinceras. Fue conducido su cuerpo á la iglesia de Nuestra Señora de Waradin, que había fundado; el cortejo más parecía triunfo que pompa funeral. Tardó poco Dios en manifestar la gloria de su fiel siervo con ilustres maravillas. Dícese que, habiéndose dormido en la última mansión los que acompañaban el cuerpo, más de lo que era menester para llegar á tiempo, el carro en que iba el santo cadáver marchó por sí solo,

sin caballos ni mano alguna visible que le tirase, y caminó hasta Waradin, parándose en el lugar de la sepultura antes que le pudiesen alcanzar los del acompañamiento. Así por la santidad de su vida, como por la multitud de milagros que obró Dios en su sepulcro, le canonizó el papa Celestino III el año 1198. El Martirologio Romano señala su fiesta el día 27 de Junio, que verosímilmente fue aquel en que se celebró la traslación de sus reliquias.

La Misa es de la octava de San Juan Bautista, y la oración de San Ladislao es la siguiente:

Oid, Señor, favorablemente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Ladislao, para que los que no confiamos en nuestros méritos: seamos ayudados de vuestra, gracia por los ruegos del que tuvo la dicha de agradaros. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 31 del libro de la Sabiduría , y la misma del día 12.

REFLEXIONES

El texto dice: «Bienaventurado el rico que fue hallado sin mancha ni defecto». Realmente no hay fenómeno más raro ni más digno de admiración que un hombre rico, y al mismo tiempo inocente y justo, que no coloque su confianza en las riquezas. El efecto natural de éstas es inspirar orgullo y presunción. Pero, al mismo tiempo, tampoco hay vanidad más tonta ni más necia. Porque, á la verdad, ¿qué mérito comunica á la persona la multitud de rentas, grandes tierras, dilatadas posesiones? Si el heredero es un idiota, un mentecato, un disoluto, ¿qué virtud, qué sabiduría, qué discreción, qué

entendimiento le comunicará la rica herencia? Una estatua de madera dorada nunca es más que una estatua de madera. Las riquezas hinchan; pero ¿dónde hay vanidad más mal fundada? Un hombre infeliz y de las heces del pueblo, que representó en el teatro el papel de príncipe, en desnudándose de los vestidos ricos se quedó tan despreciable como lo era antes. Ninguno debería ser más humilde que los ricos, si todo su mérito consiste en sus tesoros, porque no hay cosa más extraña á la persona que el valor y precio del dinero; y si el rico no tiene más mérito por otra parte, sólo se estima en él lo que es suyo, pero no lo que es él mismo. ¡Oh mi Dios, y cuántas soberbias del alma curaría un poco de reflexión! Nada debiera humillar tanto al hombre como oír que sólo se alaba su mesa, sus muebles, sus salas, sus pasiones, su equipaje, sus libreas, sus caballos; y, á la verdad, ¿qué otra cosa se alaba por lo común en casa de un poderoso? Pero esta vanidad aun es mucho más sensible en una mujer mundana. Toda su profanidad sólo sirve para que brillen un poco más, digámoslo así, su pobreza de entendimiento y su total falta de juicio. Ciertamente causa compasión aquella fiereza chabacana, que todavía está oliendo á vulgacho, á gente ordinaria y popular. ¡Válgame Dios, y qué poquita cosa es una mujer que ni por su nacimiento ni por sus prendas tiene más mérito que el de la magnificencia de sus galas! Pero supongámosla noble, hermosa y discreta. No hay cosa más superficial, más vana, ni menos sólida. La más brillante discreción es un fuego fatuo que deslumbra y desaparece. No hay mérito más falso que el que va consumiendo el tiempo: tal es el de las mujeres mundanas que tienen mucha hermosura, muchos bienes y poca religión.

El Evangelio es del cap. 22 de San Mateo.

En aquel tiempo se llegaron á Jesús los fariseos, y

uno de ellos, doctor de la Ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran Mandamiento de la Ley?

Díjole Jesús: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Éste es el máximo y primer Mandamiento. Después, el segundo, es semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. De estos dos Mandamientos penden toda la Ley y los profetas.

MEDITACIÓN

A Dios no se le ha de amar á medias.

PUNTO PEIMERO.—Considera que amar á medias á Dios es absolutamente no amarle, ó, cuando más, es reconocer la obligación que hay de amarle absolutamente. Repútase por amor este conocimiento estéril que se tiene de la obligación de amar, y en esto consiste el error.

Amar á medias á Dios, es no más que tener una media voluntad de amarle. Mira tú si Dios se podrá contentar con esta disposición. Amar á medias á Dios es á lo sumo estar resuelto á obedecerle en todo lo que manda con pena de condenación eterna; pero importarle poco de no complacerle en todo lo que nos manda bajo graves penas, es querer darle gusto en ciertos puntos, con deliberación de desagradarle en todo lo demás; es, en fin, lisonjearse de que se le ama porque se teme su justicia, pero es amar verdaderamente al mundo, amar sus gustos y amarse uno á sí mismo con preferencia á todo otro amor, porque quiere cada cual seguir sus inclinaciones y no hacerse violencia en cosa alguna. ¿Se contentará Dios con esta división? Ninguno puede servir á dos señores. Pídenos Dios todo el corazón, porque es suyo: pídenos el demonio que le partamos. *Dividatur,*

respondemos nosotros, sentenciando en favor de este repartimiento. *Date Mi*, replica Dios con las mismas palabras de la verdadera Madre: Yo no quiero corazón partido: llévesele el mundo por entero, me causa horror esa división. A la verdad, no puede Dios contentarse con ella, ni aun aprobarla.

¡Ah, Señor, y os he amado yo hasta aquí, cuando tan perdidamente me amé yo á mí mismo, amando al mundo! No estoy en él sino para amaros, véome ya al fin de la carrera, y aun no os he comenzado á amar. Materia verdaderamente grande de dolor, de amargura y de arrepentimiento.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no debemos repartir el corazón entre Dios y la criatura, porque no hay repartimiento más injusto. Sólo Dios formó nuestro corazón; sólo Dios nos redimió á costa de la sangre de su Hijo: luego nuestro corazón de sólo Dios debe ser. No nos pide la mitad de él, nos le pide todo entero. Ni nos puede pedir menos, ni con menos se puede contentar; no darle más que la mitad, es darle nada. No nos manda comoquiera que le amemos, sino que le amemos con todo el corazón; y para que entendamos bien cómo se ha de entender esta generalidad y esta totalidad, añade: «Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, y con todas tus entrañas.» Es decir que el amor que debemos á Dios ha de absorber todos nuestros deseos, ocupar El solo todo nuestro pensamiento, y vencer El solo todos los estorbos.

Por otra parte, es imposible esta división. *Ninguno puede servir dos señores*, dice el Salvador. Si respeta y ama al uno, es preciso que desprecie y aborrezca al otro, y más cuando los dos amos son tan contrarios como Cristo y el mundo.

i Dios mío, qué vergüenza y qué dolor el no haberos amado hasta ahora! Me amé á mí mismo, amé las criaturas, entregué y franqueé pródigamente mi corazón á sujetos indignos. Sólo á Vos os lo negué. Bien veis, Señor, qué oprimido está ahora este mismo corazón á vista de su ingratitud; desde este mismo punto comienzo á amaros; no desechéis este pobre corazón, aunque sea tan indigno de que le admitáis; declaro desde luego que todo es ya vuestro, y que todo será de Vos en adelante.

JACULATORIAS

Dios mío de mi corazón, fuera de Ti ¿qué tengo yo ni qué puedo amar yo en el Cielo ni en la Tierra?—*Ps. 72.*

Eternamente seréis Vos mi única herencia, todo mi bien y todo mi deseo.—*Ibid.*

PROPÓSITOS

1. ¿Has hecho jamás sería reflexión sobre este desorden? El primer Mandamiento de la Ley de Dios; la base, hablando en rigor, de todos los demás; el alma, por decirlo así, de toda la religión, sin la cual la fe es muerta, y las obras, al parecer más piadosas, son obras vacías; ese primer Mandamiento, vuelvo á decir, ¿se observa bien en el día de hoy? ¿Qué te parece: aman hoy á Dios los más de los cristianos con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas? Y si le aman menos, ¿le aman verdaderamente? Ten por cierto que amarle á medias es no amarle. ¿Qué amor tienes á Dios? Júzgalo por tu tibieza y por la infidelidad con que le sirves. ¿Cuánto tiempo ha que le estás negando esa corta mortificación, la victoria de esa pasión, ese pequeño sacrificio? Pídete Dios que reformes esa profanidad, ese vano refinamiento del buen gusto en el modo de vestir, esa excesiva inclinación al juego, etc. No ignoras que

Dios desea de ti más puntualidad, más sumisión, más silencio; confiesas que eso es nada, que es una friolera; y esa friolera y esa nada ¿se la niegas á tu Dios? ¿Te atreverás, después de esto, á presumir que amas á Dios con todo tu corazón? Remedia prontamente este desorden.

2. Todas las mañanas, luego que te levantes, determinarás la prueba que has de dar á Dios aquel día de que verdaderamente le amas; por ejemplo, de no encolerizarte, ofrézcase la ocasión que se ofreciere; de no impacientarte, de no decir palabra ofensiva á persona alguna, de no porfiar con nadie, de no negar limosna á pobre alguno, etc. Estos piadosos ejercicios te harán amar presto á Dios verdaderamente.